

## RESEÑAS DE LIBROS

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*, Madrid, Alianza editorial, 2009, 447 pp.

Las protestas estudiantiles en España han sido objeto ya de bastante atención por parte de la historiografía española, aunque es cierto que la misma se ha dirigido sobre todo a la última gran etapa de agitación más cercana a nosotros, es decir, la ocurrida durante la Dictadura franquista (cabría evocar, entre otros, los trabajos de Álvarez Cobelas, de Ruiz Carnicer, Hernández Sandoica), aunque en este libro se hace patente que el movimiento estudiantil en el final de los años veinte y durante la II República también ha sido bastante estudiado (caso de Sh. Ben-Ami, Mancebo Alonso, Varela González o el propio autor).

El estudio de González Calleja, sin embargo, se propone abarcar la evolución completa, en España, de este importante movimiento social desde sus orígenes conocidos, en 1865, hasta las movilizaciones más recientes en

contra del sistema europeo de educación superior o Plan Bolonia. El estudio parte de la constatación de que el inconformismo juvenil no constituye algo nuevo, sino más bien un dato permanente en relación con la peculiar posición que ocupa el segmento juvenil en la sociedad, si bien la aparición de un activismo juvenil específico en el contexto europeo cabría fecharlo en el último tercio del siglo XVIII, cuando se registra un gran protagonismo de los jóvenes en las revoluciones y guerras de aquella etapa. Estas periódicas irrupciones de los jóvenes en el escenario político harían mella en la propia sociedad y en los Estados bajo la forma de la creación de asociaciones que buscaban encuadrar a los jóvenes, o de políticas de juventud, ya en la segunda posguerra mundial.

Pero hay que llamar la atención del lector, además, sobre el capítulo I (pp. 21-53), donde desarrolla unas «Consideraciones teóricas sobre los modos conflictivos de participación política de la juventud», que son de lo más sugestivo, ya que el autor establece un marco interpretativo amplio para situar su tema de estudio mucho

más allá de convenciones establecidas, como la de conflicto generacional. Como bien señala, resulta muy difícil establecer cuándo va a entrar en escena una generación política, esto es, de un grupo de edad que rechaza el orden existente, que se organiza para actuar y que trata de reorientar el curso de la política, así como su propia misión en la sociedad, dando así forma y sentido a un movimiento social juvenil. Este capítulo introductorio finaliza con una propuesta de tipología de las movilizaciones estudiantiles en la España contemporánea, de aplicación a su estudio.

Aunque la entrada de los jóvenes universitarios españoles en el escenario público fue tardío, no ocurriendo hasta la década de 1860, no obstante, las acciones que se llevaron a cabo contra el gobierno Narváez por su política universitaria y otras posteriores no pueden entenderse sin tener en cuenta el tipo de protesta propio del Antiguo Régimen que había prevalecido hasta entonces —la turba estudiantil, relacionada con la defensa del status estamental y corporativo de los colegiales—, algunos de cuyos componentes no van a extinguirse del todo, contaminando a veces la contestación política, social o cultural que va a empezar a producirse en determinados momentos, como este de la Noche de San Daniel, o los alborotos posteriores —1884—, de la Santa Isabel, así como otros que se relacionan en el libro pero que no van a detallarse aquí.

El asociacionismo escolar fue muy escaso hasta la década de 1920, aunque jugó un cierto papel en el recrudecimiento del conflicto estudiantil en los primeros años de la nueva centuria, muy en relación con el movimiento secularizador o con la aparición de nuevas corrientes políticas como el catalanismo o el nuevo republicanismo. El autor pone el acento particularmente en los tumultos ocurridos en Madrid a partir del 31 de enero de 1901 (estreno de *Electra*, de Pérez Galdós, aunque también concurren otros sucesos), que constituirían un excelente ejemplo de la dinámica propia de la manifestación tumultuaria. También en la coyuntura del cambio de siglo nacería el movimiento de la Unión escolar, tan vinculado al regeneracionismo y que prepararía el camino, ya a finales de la primera década, a la celebración de los primeros congresos nacionales escolares en los que se plasmó la disociación ideológica entre estudiantes liberales y clericales.

En vísperas del golpe de Estado de Primo, la partida parecían ir ganándola las asociaciones católicas, y con el apoyo del dictador, el clericalismo lograría una posición de privilegio en la Universidad española durante la nueva etapa autoritaria. Pero también iba a estimular la toma de conciencia cívica por parte de las asociaciones oficiales escolares no confesionales dentro de las cuales hallará cobijo una aspiración general a contribuir a la renovación de la Universidad como proemio

a la democratización y republicanización del país. Es conocido que en ese proceso, iban a jugar un decisivo papel organizaciones como la FUE (Federación Universitaria Escolar) y la UFEH (Unión Federal de Estudiantes Hispanos) que socializaron a los estudiantes de una forma independiente y les facilitaron la adquisición de una identidad propia en la que el rechazo activo y militante del autoritarismo del régimen y de la propia monarquía que lo sustentaba iba a entrar como un componente muy importante. En estas movilizaciones, y las que seguirían durante los años treinta, se produjo un cambio de bastante importancia, y es que desapareció el cariz tumultuario de los conflictos y se consolidó un repertorio de la protesta basado en la huelga indefinida o limitada, las asambleas y la distribución de periódicos y panfletos.

La FUE se convertiría, ya en los años 30 y con el apoyo del Gobierno provisional en la asociación oficial de los estudiantes, cuya representación ostentaba en las juntas de facultad, claustros generales y juntas de gobierno. Este status privilegiado auguraba unas perspectivas muy prometedoras, si bien este monopolio iba a ser pronto contestado de manera muy eficaz por organizaciones de signo católico, tradicionalista o fascista que centraron su propaganda en acusar a los fueístas de sectarismo y oficialismo. Los altercados, asaltos a las respectivas sedes y los incidentes de todo tipo en-

tre estudiantes de distinto signo iban a menudear en estos años iniciales de la República, sin comprometer todavía el monopolio de la FUE, aunque éste comenzó a resquebrajarse debido al empuje de sus adversarios a partir del curso 1932-1933, y a las luchas de poder internas para hacerse con el control de la UFEH (así, la actuación del grupo comunista del BEOR). Todo ello no sería sino el preámbulo de la lucha violenta por el control de la Universidad, desarrollada entre 1934 y 1936, años en que tuvo lugar el reflujó de la FUE, coincidente con la fundación del Sindicato Español Universitario y con lo que el doctor Marañón definió como una verdadera «fascistización» de las aulas, jalonada por el paso de la violencia tumultuaria estudiantil a un auténtico pistolero profesional.

El movimiento estudiantil bajo la dictadura franquista, partió del monopolio indiscutido del SEU en las aulas, disolviendo al resto de las asociaciones estudiantiles y del esfuerzo por mantener emocionalmente, el estado de guerra en la Universidad recurriendo al matonismo fascista. Con ello, además, se buscaba preservar y reproducir el espíritu de milicia del SEU originario intentando eludir una cómoda asimilación en las estructuras del régimen de la generación fundacional. No obstante, la Ley de Ordenación Universitaria de 1943, si bien consagró esa preponderancia del SEU, también trajo consigo un fuerte desgaste para la organización, pronto convertida en

una simple rama de la burocracia franquista.

La aparición de un movimiento estudiantil democrático a partir de los sucesos de mediados de los 50, en Madrid, evidenció que el SEU empezaba a perder el control sobre la masa estudiantil y a pesar de ciertas concesiones en lo que respecta a la elección de representantes, la protesta y el enfrentamiento cuajarían en los sucesos madrileños de febrero de 1956, tras un ensayo de elecciones libres que se volvió en contra del SEU y del asalto, el 7 de febrero, al edificio de San Bernardo por una centuria de miembros de la Guardia de Franco. La actuación del sindicato falangista ya fue calificada entonces como «suicidio político». La desproporcionada reacción del régimen profundizó en el desencuentro de los estudiantes respecto de la dictadura y sus representantes en la Universidad, contribuyendo a hacer de este conflicto un problema político de primera magnitud. De hecho, afirma González Calleja que dichos sucesos propiciaron la aparición de una nueva oposición democrática que fue el precedente directo de los grupos que tuvieron en sus manos la Transición a la Democracia en los años setenta.

Lo ocurrido entre 1960 y 1976 es la materia a la que el autor dedica más atención en el libro, discriminando una primera fase en que, gracias sobre todo a la FUDE, se consolidó la primera red de oposición unificada a escala nacional. Y se detiene en lo ocurrido

en Madrid en la segunda mitad de febrero de 1965, que supuso un nuevo punto de no retorno en la historia del movimiento estudiantil antifranquista y llevó al Gobierno a poner en marcha, junto a una severa represión, la liquidación en la práctica del SEU, sustituido por las inoperantes y efímeras APE. Se abrió, a contar desde entonces, un periodo de revuelta permanente, de crisis endémica dentro de la Universidad. Ahora bien, en ello intervinieron también otros cambios, como los ocurridos en la propia Universidad, que estaba pasando de ser una institución de elite a otra de masas, o el componente, del movimiento, de rebeldía generacional contra unos padres que se habían alineado con Franco en la guerra o habían aceptado de buen grado su régimen. En todo caso, esta movilización acarreó una fuerte politización de los estudiantes, y la imposición progresiva de una cultura de la ciudadanía, ayudada por la diversificación de los motivos de protesta y de los repertorios de la misma. Un movimiento estudiantil, en fin, que pese a sus similitudes, mantuvo peculiaridades marcadas respecto de sus homólogos del mundo occidental.

La celebración, en el convento de capuchinos de Sarriá, en marzo de 1966, de la asamblea constituyente del SDEUB, abrió en la Universidad de Barcelona un estado de convulsión casi permanente a pesar de los intentos gubernamentales de potenciar a las asociaciones profesionales

de estudiantes, dirigidas por Ortega Escós. Este postrer fracaso del sindicalismo oficial serviría de estímulo para la extensión de los sindicatos democráticos al resto de los distritos universitarios (en Madrid, en abril de 1967), enlazados entre sí a través de Reuniones nacionales coordinadoras. Además, este revitalizado movimiento estudiantil posibilitó, a través de su mecánica asamblearia, la práctica de las libertades, así como la definición de identidades políticas diferenciadas, junto con otras de sesgo ácrata y anti-organizativo, proclives a métodos de acción violentos. Como respuesta, el régimen endureció en grado sumo la represión y adoptó diversas disposiciones para controlar más a los alumnos y para privar a los díscolos de determinados beneficios en los exámenes o en el servicio militar.

Fue en los años finales de la década de 1960 cuando el movimiento estudiantil español alcanzó su clímax, bajo la influencia, no sólo de factores domésticos, sino también internacionales, como los nuevos repertorios de protesta que estaban siendo ensayados en las universidades europeas y americanas y la carga antiautoritaria y utópica de la contracultura. Sin embargo, los antagonismos internos entre grupos radicales para hacerse con el respaldo estudiantil, el enfrentamiento creciente con las instituciones represivas, y el cambio de táctica del nuevo ministro de Educación, Villar Palasí, acabaron limitando la capacidad de

acción del movimiento e hicieron cundir el desánimo. Resulta significativo lo que apunta González Calleja acerca de que en octubre de 1968 el SDEUB había prácticamente dejado de existir, ocupando su espacio grupúsculos influenciados por el Mayo francés.

La declaración de estado de excepción, el 24 de enero de 1969, y una recrudescida represión bien patentizada en el asesinato de Enrique Ruano, supusieron en este sentido un golpe muy duro para el movimiento, canalizado hasta entonces a través de los SDEU, siendo desplazado por grupos políticos radicales y por el predominio del asambleísmo y el activismo, en detrimento de la elección pautada de representantes sindicales y de una gestión encaminada al diálogo con las autoridades académicas. La radicalización de la protesta en detrimento de fórmulas organizativas de carácter democrático tendió a desmotivar a una gran parte de los estudiantes. No obstante, este declive del movimiento se hizo sobre todo notorio a partir del curso 1972-1973, como consecuencia de la dura represión y del giro contrarreformista en la aplicación de la Ley General de Educación, tras el cese de Villar Palasí, un giro que se acentuó con la llegada al Ministerio, en junio de 1973, de Julio Rodríguez.

Aún se produciría, de todos modos, un rebrotar del movimiento, con la aplicación del decreto de 17 de octubre de 1974 de su sucesor, Cruz Martínez Esteruelas, que respondía al

aperturismo recogido en el espíritu del 12 de febrero del mismo año. Pues bien, esa línea más liberalizadora iba a facilitar una actividad mayor de los partidos presentes en la Universidad, confrontados a su vez entre sí. El paro motivado por el cierre de la Universidad de Valladolid, en febrero de 1975, señaló el momento culminante de esta renacida movilización que, de todos modos, se hallaba cada vez más condicionada por la estrategia de la Junta Democrática de España. Por ello, su última gran batalla se produciría entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, con el objetivo puesto en el derrocamiento del régimen a través de la ruptura democrática.

El libro finaliza con un epílogo acerca de la evolución de la protesta estudiantil en un contexto democrático, entre 1977 y 2008, en que, paradójicamente, la desaparición de los factores que durante la Dictadura habían limitado la acción colectiva, influyó en una clara desmovilización de los estudiantes. Bien es cierto que todavía las protestas anti-LAU (Ley de Autonomía Universitaria), de UCD, en el curso 1979-1980, mostraron elementos de continuidad con el movimiento antifranquista de la década anterior, pero pronto el desencanto y el pasotismo tendieron a restar atractivos a un movimiento que sólo podía ya discurrir por unos cauces reformistas. Con todo, la protesta, centrada más en cuestiones de tipo corporativo activadas por la legislación educativa

del PSOE, se reactivaría en el curso 1986-1987, impulsada por el Sindicato de Estudiantes, aunque dichas protestas se explicarían también por la frustración de los jóvenes contra un poder controlado por la generación anterior, la que había protagonizado los conflictos escolares de las décadas de 1950 y 1960. Desde comienzos de los 90, por otra parte, el compromiso social y político de los jóvenes tendió a desplegarse más a través de espacios informales vinculados a los Nuevos Movimientos Sociales y a las ONG, que a los cauces tradicionales de los partidos y sindicatos: el rechazo, por ejemplo, ya en la etapa del PP, contra la LOU de la ministra Del Castillo, se inspiró en las campañas del movimiento antiglobalización. El libro finaliza con el estudio de las recientes protestas en contra de la privatización y la mercantilización de los estudios que ciertos sectores estudiantiles han creído implícita en el diseño del Espacio Europeo de Educación Superior acordado en Bolonia en 1999.

RAFAEL SERRANO GARCÍA  
*Instituto de Historia Simancas*  
*(Universidad de Valladolid)*

FUENTES CODERA, Maximiliano, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès Editors, 2009, 308 pp.

La obra reseñada tiene como objeto de estudio el posicionamiento intelectual de Eugeni d'Ors ante la Primera Guerra Mundial, y las repercusiones que su pensamiento tuvo en el mundo intelectual y cultural catalán, español y europeo. El autor de la monografía, Maximiliano Fuentes Codera, es un investigador en formación de la Universitat de Girona. Actualmente se encuentra preparando su tesis doctoral que lleva por título *Un viaje por los extremos. Eugeni d'Ors entre la Gran Guerra y el fascismo (1914-1923)*. La publicación que reseñamos aquí surgió del trabajo que presentó el autor para obtener el Diploma de Estudios Avanzados, por lo que debe interpretarse como una introducción o primera toma de contacto de la investigación que está desarrollando.

De acuerdo con la investigación en la que se encuentra enmarcada esta obra, así como con otros artículos y comunicaciones de temática similar que el autor ha publicado, Maximiliano Fuentes se marca como uno de sus principales objetivos revisar aquellos enfoques historiográficos que dibujaban un Eugeni d'Ors prefascista en el contexto de la Gran Guerra. La Primera Guerra Mundial, entendida como acontecimiento central en el de-

sarrollo de la historia del siglo xx, ha sido interpretada en multitud de ocasiones como la Caja de Pandora que, una vez abierta, permitía entender el origen de los movimientos totalitarios de la década de 1920. Tal y como señala Ismael Saz en el prólogo, se debe huir de los enfoques teleológicos que conectan el fascismo con la Gran Guerra de una manera simplista, y precisamente es lo que trata de realizar Maximiliano Fuentes en su obra.

La monografía, en la que se ha utilizado un estilo descriptivo, además de contar con una amplia selección de fuentes, tanto bibliográficas como archivísticas o periodísticas, se puede dividir en tres bloques claramente diferenciados:

En primer lugar nos encontramos con una parte introductoria que englobaría los cuatro primeros capítulos; está dedicada a contextualizar el pensamiento de D'Ors y la recepción de la Gran Guerra por parte de los intelectuales catalanes, del resto de España y europeos. Interesa profundizar en el esquema de relaciones entre intelectuales que propone Maximiliano Fuentes en el caso de D'Ors. Si atendemos a la formación de su cosmovisión en los años previos a la Gran Guerra, el intelectual catalán superpone, a modo de círculos concéntricos, un proyecto nacionalista catalán –ligado, a su vez, con el noucentisme y el proyecto político y cultural de la Lliga Regionalista–, conexiones con

el regeneracionismo español, sobre todo con personalidades como Ortega y Gasset o Miguel de Unamuno. Finalmente, el círculo que englobaría a los otros dos sería la defensa de un imperialismo europeo cuyo objetivo último sería la recuperación de la unidad cultural y moral de Europa. Este esquema, insistimos, nos permite entender los debates que se generaron en torno a Eugeni d'Ors durante el desarrollo del conflicto.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial se aclaró el concepto de Europa de D'Ors que, no obstante, ya había sido explicitado en la época anterior. En este segundo bloque, que correspondería al capítulo quinto, el autor desarrolla las peculiaridades de la imagen que tenía Eugeni d'Ors sobre la Gran Guerra, que interpreta desde el primer momento como una guerra civil europea en la que estarían enfrentadas metafísicamente dos ideas-fuerza: la Autoritat, representada por Alemania, y la Llibertat, vinculada con Francia y por extensión la latinidad. El objetivo último de esta interpretación sería lograr la unión de la cultura germánica y la cultura latina, para conseguir, así, un retorno mítico al Sacro Imperio Romano Germánico.

Como se puede ver, en el pensamiento de Eugeni d'Ors cobran una especial importancia el idealismo y el simbolismo, pero no hay que olvidar que, más allá de desear el regreso de una unidad europea mitificada, D'Ors abogaba por la construcción de una

Europa federal y republicana, pero al mismo tiempo autoritaria y jerarquizada.

Además de su significación como europeísta, conviene separar su deseo de unidad moral europea con un eventual rechazo a la guerra, ya que para el intelectual catalán, la guerra (civil), poseía un carácter purificador que podía ser positivo y conducir hacia una nueva Europa. Por tanto, al menos en esta primera parte de la guerra, no se puede considerar a D'Ors como neutralista o pacifista, sino más bien equidistante. La preocupación por la unidad moral de Europa le llevó a denunciar una victoria, de cualquiera de los dos bandos, cuya consecuencia fuese la destrucción total de la otra parte.

El tercer y último bloque del libro corresponde a los cuatro siguientes capítulos, que se ocupan de analizar los debates que se generaron por los posicionamientos de Eugeni d'Ors, sobre todo a raíz de la publicación del manifiesto del Comité d'Amics de la Unitat Moral d'Europa, primero en España y posteriormente en diversos periódicos de la prensa suiza y francesa. El manifiesto presentaba las ideas de D'Ors sobre Europa y el conflicto en un lenguaje enormemente complejo, no sólo en lo que se refiere a los términos empleados, sino también en cuanto a las ideas defendidas. No hay que olvidar que durante la Primera Guerra Mundial asistimos en España a un encarnizado debate intelectual que



enfrentó a aliadófilos y germanófilos y que fue más allá de la simple opinión sobre el conflicto para adentrarse en cuestiones de política interna. La puesta en escena de una postura equidistante –o neutralista activa si se prefiere– provocó incompreensión entre la elite intelectual catalana, mayoritariamente aliadófila, y también en algunos sectores de la española. El hecho de clasificar a D'Ors como germanófilo está íntimamente relacionado con la polarización que provocó la guerra.

Pero, sobre todo, donde más repercusión alcanzó este manifiesto y por extensión las ideas de Eugeni d'Ors fue en los círculos intelectuales franceses. Fue duramente criticado por Alphonse Aulard, Marius André y Charles Maurras, todos ellos vinculados a Action Française y al nacionalismo integrista francés. La única excepción la protagonizó Romain Rolland, un intelectual neutralista que además tradujo el manifiesto orsiano al francés.

Como nos recuerda Maximiliano Fuentes a lo largo de la obra, este panorama revela el aislamiento de D'Ors y sus ideas, que obviamente encontraron poco acomodo y comprensión en un periodo marcado por la guerra y los nacionalismos exacerbados. El ejemplo de Francia se repitió, como ya hemos adelantado, en Cataluña y en el resto de España, pero hay que indicar que la polémica fue marginal y que sólo subsistió en pequeños círculos intelectuales.

La aparición de la revista *Els amics d'Europa* en 1915 fue, junto con el *Glosari* que el autor publicaba en la *Veu de Catalunya*, el principal medio con el que contó el Comité que creó D'Ors, si bien hay que aclarar que, más allá de esta revista, la actividad del Comité fue más bien escasa. Será en este momento, cercano a 1916, cuando se produzca, a juicio de Maximiliano Fuentes, un giro en el pensamiento orsiano, que lo llevó a evolucionar hacia posiciones más pacifistas o neutralistas, sin asimilarlas en su totalidad. Además, en la revista se aprecia una apuesta más o menos firme por la creación de unos Estados Unidos de Europa, que sería la principal reivindicación del movimiento europeísta en la década siguiente. Se podría decir, siguiendo al autor, que en 1916, el peso del neutralismo y el pacifismo ya supera al de la Autoritat, que representaba el orden y la jerarquía. (p. 279).

En cuanto a las conclusiones apuntadas por el autor, destaca la desvinculación de la experiencia orsiana de la Gran Guerra con su posterior acercamiento al fascismo, que se realizaría en otro contexto. Resulta ilustrativo, añade Maximiliano Fuentes, que D'Ors «encuentra en los primeros años de la guerra más aliados ideológicos entre los pacifistas y los neutralistas que entre los nacionalistas-militaristas» (p. 288).

Más allá de ordenar –y explicar– la imagen de la Gran Guerra en el pensa-

miento de D'Ors, ya sea contemporáneo o posterior, lo que realmente importa es entender la polémica dentro de la polarización que el debate aliadófilo-germanófilo había producido. La dificultad para situar a Eugeni d'Ors en estas coordenadas, incluso para sus contemporáneos, justifica a nuestro juicio la pertinencia de este trabajo. El corte realizado por el autor en 1916 quizás deja un poco incompleta esta visión, que sin duda será completada y ampliada en su tesis doctoral.

No hay que olvidar tampoco que la oposición heterodoxa de Eugeni d'Ors significó, en realidad, una de las principales manifestaciones de europeísmo en España durante la Primera Guerra Mundial.

En conclusión, nos encontramos ante una novedad editorial que, a pesar de estar centrada en un intelectual tan complejo –y, sin embargo, fascinante– como Eugeni d'Ors, en realidad ofrece un fresco, un ejemplo representativo de algunos de los debates que se generaron sobre la idea de Europa al calor de la Gran Guerra en los tres círculos concéntricos en los que resume el pensamiento orsiano durante el conflicto: Cataluña, España y el llamado viejo continente.

GUILLERMO PÉREZ CASANOVA  
*Universidad de Alicante*

REQUENA GALLEGO, Manuel y SEPÚLVEDA LOSA, Rosa María (coords.), *Brigadas Internacionales. El contexto internacional, los medios de propaganda, literatura y memorias*, Albacete, Universidad de Castilla-La Mancha, Nausícaá, 2008, 282 pp.

Desde su constitución, hace ya algunos años, el Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales (CEDOBI), situado en el Campus de Albacete de la Universidad de Castilla-La Mancha, viene realizando un meritorio trabajo de investigación y difusión del papel que estos miles de voluntarios de la izquierda mundial desempeñaron en la Guerra Civil Española. Exposiciones, jornadas, seminarios y homenajes a los brigadistas, han sido –entre otras– las actividades que ha desarrollado el CEDOBI en este tiempo, aunque probablemente su línea de trabajo que está dejando más huella es la labor editorial que viene realizando, con una serie de títulos que hoy ya son imprescindibles para conocer mejor la llegada, la permanencia y la organización de estos brigadistas y el impacto que su actuación tuvo en el conflicto bélico que padeció España entre 1936 y 1939.

En esta actividad de difusión hay que situar el libro que vamos a comentar, coordinado por el profesor Requena y la ya desgraciadamente fallecida profesora Sepúlveda, y que recoge los principales temas que se plantearon

en el II Foro Internacional que sobre las Brigadas se celebró en el año 2001. El contexto internacional de la Europa de los años treinta, los medios de comunicación y propaganda, la literatura que generaron, la recuperación de la memoria de estos brigadistas y la visión que sobre este tema tenían los partidos parlamentarios a principios de este siglo constituyen los grandes bloques temáticos que conforman el libro.

El volumen se abre con un breve capítulo introductorio sobre las relaciones internacionales en los años treinta, a cargo de Paul Preston. Lo continúa Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, que presentan en un sólido capítulo la compleja relación que la Komintern mantuvo con la España republicana, resumiendo los principales planteamientos que ya desarrollaron más extensamente en el libro que publicaron un par de años antes.

Gabriel Cardona, uno de nuestros mejores especialistas en historia militar, desvela la importancia cuantitativa que las Brigadas tuvieron a lo largo de la Guerra, así como su deficiente formación y armamento, lo que no les impidió desempeñar un papel relevante en las batallas del Jarama y Guadalajara. El siguiente capítulo de Magí Crusells explica la manipulación del cine como arma de propaganda y contrapropaganda sobre los brigadistas, mientras que Mirta Núñez se centra en el análisis de las más de setenta publicaciones periódicas que estos vo-

luntarios pudieron editar, destacando por encima de todas *El Voluntario de la Libertad*.

Un notable especialista en la literatura militante de los años treinta, Manuel Aznar, comenta la participación que los escritores de las Brigadas Internacionales tuvieron en el segundo Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la cultura, celebrado en Valencia en 1937, en lo que fue un claro ejemplo de coherencia entre teoría y práctica. Por su parte, Robert Coale analiza la labor de difusión que los miembros de la Brigada Lincoln han venido realizando desde su regreso a los Estados Unidos, incluyendo su participación activa en las movilizaciones contra la guerra del Vietnam y en las denuncias del apoyo norteamericano a la «contra» nicaragüense. Y cierra esta primera parte del libro la contribución de Rémi Skoutelsky sobre el comportamiento que adoptaron los distintos gobiernos al regreso de los brigadistas a sus países, mostrando el contraste que se vio entre la actitud represora de algunos, la indiferencia de otros, con el recibimiento que se les dio como héroes en países como Yugoslavia y México.

La segunda parte del libro resume las aportaciones que se realizaron en las tres mesas redondas que se celebraron en el Foro sobre Literatura y Memoria. En este sentido, no sólo son relevantes los testimonios de algunos de las brigadistas presentes como Lisa London, sino también el novedoso

análisis que Ana Pérez realiza sobre las aportaciones que en la literatura alemana se han realizado sobre los brigadistas, con algunas obras como la excelente novela «El gran ejemplo», de Gustav Regler, que desgraciadamente todavía hoy sigue sin traducir al castellano. Distintos testimonios de los portavoces parlamentarios de IU, PNV, CiU y PSOE y un emotivo recuerdo al brigadista Harry Fisher, a raíz de su fallecimiento, cierran el texto.

Estamos pues, ante un libro que constituye un magnífico estado de la cuestión sobre el papel que las Brigadas Internacionales desempeñaron y sobre otros aspectos complementarios del mismo, como la literatura y la propaganda que generaron. Una aportación relevante para conocer mejor esta faceta de la intervención extranjera en la Guerra Civil, el acontecimiento más determinante de toda la historia española del siglo XX.

DIEGO CARO CANCELA  
*Universidad de Cádiz*

VIÑAS, Ángel y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, 681 pp.

Podría pensarse que un estudio acerca de los últimos meses de la Guerra Civil en la retaguardia republicana tendría poco que decir o no añadiría grandes novedades al conocimiento de este periodo. Sin embargo, el hecho de que se

trate de unas circunstancias sobre las que se ha vertido una gran cantidad de mitos hacía necesario un estudio como éste. *El desplome de la República* es un trabajo que, a lo largo de sus más de 450 páginas y sus numerosas notas al pie, pretende desmontar uno a uno todos los mitos lanzados por casadistas, anti-negrinistas, anticomunistas y franquistas y que muchos autores se empeñan en seguir difundiendo en la actualidad. Y lo hace utilizando gran cantidad de fuentes primarias, en un proceso de contraste continuo de informes y testimonios de los protagonistas de los hechos. Es una obra que se enmarca en la tendencia desmitificadora sobre la Guerra Civil de nuestra historiografía reciente, en la que destacan las obras de Reig Tapia, como, por ejemplo, *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu* (2000) y *La cruzada de 1936. Mito y memoria* (2006), y el estudio de Moradiellos, *1936. Los mitos de la guerra civil* (2004). Además, la redacción directa, aunque en ocasiones utilice expresiones coloquiales, y la composición en numerosos capítulos y epígrafes facilitan una lectura ágil, que, sin duda, agradece el lector. Un ejemplo de la documentación que han utilizado y que arroja información muy esclarecedora es el informe que el Partido Comunista de España (PCE) elevó a Stalin meses después de la caída de la República –reproducido y comentado íntegramente al final del libro–, y en el que los comunistas dan cuenta de sus actuaciones en los últi-

mos meses de la guerra para obtener lecciones que pudieran aplicarse en situaciones futuras. Junto a este informe, en un CD adjunto, se añade toda una serie de informes y declaraciones que permiten al lector contrastar las interpretaciones que se ofrecen en el estudio.

Los autores son plenos conocedores del periodo y de los temas que tratan en su obra. Ángel Viñas, con una larga trayectoria como historiador, ha analizado recientemente las circunstancias internas y externas en las que se vio envuelta la República durante la Guerra Civil. Fruto de ello es su trilogía, compuesta por *La soledad de la República* (2006), *El escudo de la República* (2007) y *El honor de la República* (2008), que se han convertido en obras de referencia. Fernando Hernández Sánchez ha dedicado sus investigaciones al movimiento comunista español y, en la actualidad, realiza su tesis doctoral sobre el PCE en la Guerra Civil.

Un aspecto clave sobre el que se han preguntado los autores es conocer cuáles eran las intenciones de Juan Negrín en su llamada a la resistencia. Más si cabe cuando uno de los mitos que se han lanzado sobre el jefe del Gobierno republicano era su supuesta connivencia con los comunistas para allanar el camino a la entrada de la Unión Soviética en España. Tras analizar las diferentes fuentes sobre las declaraciones y las medidas que Negrín llevó a cabo, se demuestra que su

única intención fue resistir para proceder a la evacuación de las personas más comprometidas con la República, pues consideraba, además, que la guerra estaba perdida tras la caída de Cataluña. Sus intenciones no distaban en absoluto de las que tenían Casado o Azaña, lo cual muestra lo innecesario del golpe del primero.

Por otra parte, los autores advierten de la importancia que tuvo el contexto internacional en el devenir de los últimos meses de la República. El caso de Azaña fue especialmente significativo. La negativa constante del Presidente de la República, una vez llegó a Francia, a volver a la zona centro-sur dificultó enormemente la labor de un Gobierno que quería retomar el control. Los gobiernos del Reino Unido y de Francia, que pretendían reconocer pronto a Franco, utilizaron la ausencia del Presidente de la República para establecer relaciones oficiales con el Gobierno de Burgos, alegando la situación de supuesta ilegalidad en que se encontraba la República. El reconocimiento del Gobierno de Franco supuso un golpe demoledor para las intenciones de Negrín.

Otro de los temas que estudian los autores es el papel que jugó el PCE en este contexto. Se trata de un aspecto que resulta de gran importancia, pues ha dado pie a un sinfín de mitos franquistas y anticomunistas. Como demuestran los autores, el PCE había crecido considerablemente durante la guerra, pero su situación era difícil:

como consecuencia del reforzamiento del ámbito militar, había descuidado otros, como las fábricas; la militancia había aumentado, pero su preparación y su formación eran precarias; el partido se encontraba aislado del resto de fuerzas del Frente Popular en su apoyo a la política de resistencia del Gobierno.

El golpe de Casado y la desertión de la flota de Cartagena –descrita con detalle– terminaron con las posibilidades de resistencia y de evacuación de los republicanos. Los autores demuestran que los motivos que Casado adujo para dar el golpe fueron totalmente falsos: los últimos nombramientos militares de Negrín no suponían que los comunistas fueran a copar todas las instancias del ejército; el inminente golpe comunista nunca existió ni se pretendió y, además, el PCE nunca estuvo en condiciones de darlo; también, en ningún momento Negrín se aferró al cargo y, de hecho, lo puso a disposición de Martínez Barrio si finalmente accedía a la presidencia interina de la República, tras la dimisión de Azaña.

Por último, los autores repasan las diferentes interpretaciones que hizo el PCE de la Guerra Civil, pues en función del contexto internacional y, concretamente, de la política exterior de la URSS, el PCE vio la guerra con un prisma cambiante. Si en un principio, en el informe del PCE a Stalin que reproducen los autores, la Guerra Civil se presenta como antifascista y se

considera positiva la lucha junto con diversas fuerzas políticas contra los franquistas, tras la firma del pacto germano-soviético en agosto de 1939, el PCE se atribuye el papel de vanguardia proletaria, que luchó –solamente con el pueblo– contra los intereses capitalistas e imperialistas. La invasión alemana de la URSS en 1941 volvió a cambiar nuevamente la interpretación comunista de la guerra, calificándola otra vez de antifascista, pues, entonces, se necesitaba justificar las alianzas en la lucha contra los nazis.

Sin duda, el principal mérito de la obra es la cantidad de mitos que rebate y que aparecen insostenibles a la luz del análisis de las fuentes primarias. Frente a un presidente del Consejo de Ministros sometido al PCE y a los deseos expansionistas de la Unión Soviética, las fuentes comunistas reconocen la excesiva dependencia de su partido con respecto a Juan Negrín y los problemas que ello les generó, ya que el presidente no les hacía partícipes de todas sus intenciones. La resistencia que preconizaba Negrín no era un fin en sí misma –ni pretendía favorecer los intereses soviéticos–, sino facilitar la evacuación de los cuadros políticos y militares comprometidos con la República. Si la historiografía franquista muestra al PCE como un todopoderoso partido capaz de hacerse con todas las instancias del ejército y del Estado, los comunistas hacían autocrítica y afirmaban que la formación de los nuevos cuadros del partido y su pre-

paración era deficiente, hasta el punto de ser prácticamente aplastados tras el golpe de Casado. Sólo en la imaginación de los miembros del Consejo Nacional de Defensa de Casado quedó el supuesto golpe comunista, que haría de España un satélite de la Unión Soviética: la actitud de los comunistas y las medidas que adoptaron destacaron por su carácter defensivo frente a las detenciones y expulsiones del PCE de los distintos órganos en los que tenía representación (Frentes Populares, el ejército, etc.). El golpe de Casado, con ayuda de anarquistas y una parte de los socialistas, se muestra completamente innecesario, pues su pretensión de una «paz honrosa», que evitara las represalias y permitiera el exilio de los más comprometidos, no distaba de las intenciones que tenía Juan Negrín.

En suma, *El desplome de la República* nos ofrece un análisis contrastado a través de gran cantidad de fuentes sobre un periodo en el que muchas veces, por desgracia, han premiado los mitos y las interpretaciones sesgadas sobre el trabajo historiográfico. Esta obra, sin duda alguna, representa una gran aportación para desterrarlos.

FERRAN GÓMEZ ALBENTOSA  
*Universidad de Alicante*

SÁNCHEZ MOSQUERA, Marcial, *Del miedo genético a la protesta. Memoria de los disidentes del franquismo*, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales, Archivo Histórico de CCOO/A, 2008, 315 pp.

Lo primero que destaca en el estudio de Marcial Sánchez Mosquera sobre la movilización antifranquista es su larguísimo recorrido, se traza con éxito una clara periodización en la continuidad de la disidencia desde el final de la Guerra Civil hasta la actualidad; pero también hay que hablar de la amplitud del espacio, aunque el marco es Andalucía, con ligeros cambios esta interpretación del antifranquismo andaluz puede extrapolarse a cualquier otro punto de España y, por tanto, el ensayo explica con éxito este fenómeno a nivel nacional. Por todo esto, creo que se ha establecido un antes y un después. A partir de ahora, como siempre ocurre, esta historia será continuamente rescrita y se aportarán nueva información, nuevos matices, otra reinterpretación; habrá estudios que se centren en ámbitos más concretos o en determinados colectivos, pero partirán de la referencia establecida en esta obra, que nos ha trazado la línea general en la que colocar los acontecimientos.

Se consigue no sólo una reconstrucción del antifranquismo desde el final de la Guerra Civil, también el análisis de cómo ha sido recordado

y transmitido hasta hoy, de ahí la reflexión sobre la memoria y sus contenidos y la clasificación de las distintas memorias, la de los represaliados y las memorias públicas sobre lo acontecido. Estructurar ordenada y lógicamente todo esto en un momento en el que se está investigando y publicando tanto sobre tales temas adquiere un interés metodológico destacado, algo que hay que subrayar también en relación con la selección de fuentes y su empleo.

Como decía, los estudios de la oposición, de la represión, incluso de la «justicia de la dictadura» componen casi una avalancha historiográfica en los últimos años, por ello destaca más este inteligente recurrir a una fuente administrativa reciente, la documentación generada por las convocatorias de indemnizaciones a los expresos políticos andaluces; en concreto, la Disposición Adicional Decimoctava de la Ley 41/1990 de 29 de junio de la Administración Central y los decretos 1/2001 y 333/2003 de la Junta de Andalucía. En conjunto suman 9.733 expedientes valorados positivamente, una cantidad que no guarda relación alguna con las cifras de la represión en Andalucía, por ello no estamos ante un estudio cuantitativo, no se intenta recuperar el número de los represaliados –se emplean las cifras de análisis previos–, sino de reconstruir los significados de la disidencia, el marco, las condiciones en las que se desarrollaba –desde el mundo del trabajo, la acti-

vidad en la calle e inevitablemente el mundo carcelario– y su asimilación –o no-individual y colectivamente–.

Continuando con la metodología, también hay que valorar muy positivamente la utilización de la documentación oral, el número y calidad de las entrevistas, desde la plena conciencia de la cantidad de trabajo que el tratamiento de una entrevista requiere; cuando en el apartado relativo a las fuentes se comprueba el elevadísimo número de entrevistas consultadas (la gran mayoría realizadas por el mismo autor) se es plenamente consciente de la valiosa tarea abordada por el Archivo Histórico de CCOO/A.

El libro es denso –en ocasiones una redacción también densa dificulta la lectura–, encierra mucha información y admite distintos recorridos, el eje sobre el miedo y su superación constituye uno de ellos. El miedo ante la crueldad de la represión de los cuarenta es un protagonista de esta investigación, el autor defiende que el escarmiento doblegador logró un éxito absoluto y así se explica «la paz de los cincuenta y el exilio interior», por ese miedo heredado «que parecía innato» y acompañó a la sociedad española hasta la Transición.

Se apunta algo novedoso de cara a los actuales estudios sobre represión, que caen en el presentismo y parten de la posición de los nietos: para escapar del estigma de «vencido» en España hubo una generación intermedia, educada en el «de eso no se habla»,



en el miedo cerval, que hizo algo así como una renuncia a su propia identidad; me parece que habría que poner esta renuncia de identidad en relación con la emigración interior y la exterior de los años sesenta, saliendo del pueblo o del barrio uno mitigaba la conciencia de ser ciudadano de segunda. Pero esta historia social no cae en el determinismo y en algo tan valioso como la lucha de clase el individuo cuenta y aquí la superación del terror es un camino individual, minoritario, tremendamente arriesgado, unido naturalmente al crecimiento económico y la industrialización, que genera un nuevo movimiento obrero.

En este recorrido que he elegido tiene interés observar la débil articulación entre los viejos luchadores de los años cuarenta, ligados a la República, y la generación de los sesenta, la dificultad para encontrar los eslabones en los que enlazar con el pasado, el proceso, al contrario que antes, de estar a la búsqueda de un partido. Las distintas opciones practicadas por el PCE, el PSOE, la UGT, la CNT. El nacimiento de unas comisiones de obreros que interactúan con organizaciones católicas y generan un movimiento informal, escasamente institucionalizado hasta los setenta, y cuyo éxito radica en la combinación de lo legal con lo ilegal que «le otorgó versatilidad y amplitud». Después sí, ya avanzados los sesenta, hay una búsqueda consciente de la transmisión cultural, que puede ser familiar, pero no lo es siempre, porque

en este nuevo movimiento también están comprometidos los hijos de los vencedores. Para entonces, además, la reivindicación laboral era también una reivindicación política.

Quiero llamar la atención sobre el tratamiento del mundo carcelario. Su valor heroico en los años cuarenta, donde fue una pieza fundamental en la pervivencia y en la reconstrucción de la clandestinidad opositora, paradójicamente el principal marco para la reconstrucción de las redes de apoyo, la asistencia a los presos, del adoctrinamiento, la transmisión, de la vivencia de la solidaridad militante. Eso ha cambiado en la cárcel de la mitad de los sesenta y los setenta, para cuando la actividad ya está fuera y por tanto, la reclusión implica un tiempo vacío en la lucha y la organización. Se podría establecer un recorrido análogo en los juicios y las defensas: desde la actuación del militar de oficio que giraba en la continua apelación a la figura de los «hombres pobres y analfabetos engañados por el comunismo internacional» a la especializada defensa del Juicio 1001/73 que giró sobre el abierto reconocimiento de la militancia en CC.OO., lo que conllevó la denuncia internacional de la ausencia de derechos y libertades, recogida por los medios de prensa de todo el mundo.

Por último, en medio del debate abierto sobre la extensión de la amnesia o el olvido en el proceso de la Transición, quiero recordar la oportuna interpretación de Castilla del Pino

que el autor transmite: «En la transición española no hubo amnesia [...] la amnesia nunca es voluntaria [...]. La denominada “amnesia de la transición” fue el acuerdo de guardar silencio –una vez recuperada la voz y la palabra– para comenzar a vivir de cara a una nueva vida por hacer [...], conscientes de que no se olvidó es hora de hablar de ese pasado que nos prohibimos, de reivindicar y escribir y hablar de lo recordado». Eso es lo que Marcial Sánchez Mosquera ha hecho muy bien en esta investigación: reivindicar, escribir, hablar de lo recordado.

ENCARNACIÓN LEMUS LÓPEZ  
*Universidad de Huelva*

BENEYTO, José M.<sup>a</sup> (dir.), MAILLO GONZÁLEZ-ORÚS, Jerónimo y BECERRIL ATIENZA, Belén (coords.), *Desarrollo histórico y caracteres básicos de la Unión Europea. Naturaleza, valores, principios y competencias*, Pamplona, Aranzadi, 2009, 633 pp.

La presente obra colectiva, coordinada por Jerónimo Maillo González-Orús y Belén Becerril Atienza, es el primer tomo del *Tratado de Derecho y Políticas de la Unión Europea*, dirigido por el profesor José M.<sup>a</sup> Beneyto. Así pues, en primer lugar hay que señalar que la publicación reseñada forma parte de una obra mucho más amplia, compuesta por varios volúmenes, que tiene como objetivo llenar un hueco

en las publicaciones especializadas en el derecho y estructura política de la Unión Europea, y al mismo tiempo convertirse en una obra de referencia para comprender mejor los mecanismos y el funcionamiento de la Unión.

Este primer volumen tiene un carácter introductorio y se centra a lo largo de diez capítulos en la evolución política de la Unión Europea, atendiendo sobre todo a sus fases de ampliación, las claves de su funcionamiento interno y también a su naturaleza jurídica.

El primer capítulo, escrito por Mercedes Samaniego, se ocupa de los antecedentes del proceso de integración europea hasta 1950. A menudo, las principales obras dedicadas a este tema se olvidan de presentar los antecedentes que dejaron a lo largo de la Historia una herencia que fue aprovechada sin duda por los padres de la actual Unión Europea. La autora de este apartado, por tanto, se remonta hasta la Antigüedad, concretamente a Grecia y el Imperio Romano para rastrear el origen de la idea de Europa. A continuación desglosa otras etapas decisivas en la configuración de la identidad europea que actualmente conocemos, como el Imperio carolingio –periodo de indudable valor simbólico para los movimientos europeístas, como así lo prueba, por ejemplo, el Premio Carlomagno– o la Ilustración.

Siguiendo con este análisis cronológico, la autora se centra en la Edad Contemporánea, un periodo decisivo

y lleno de altibajos para la plasmación práctica de la idea de Europa; en este apartado se citan autores y personalidades tan dispares como el Conde de Saint Simon o Víctor Hugo, pasando por los proyectos europeístas liderados por el Conde Coudenhove-Kalergi y Aristide Briand que surgieron después de la Primera Guerra Mundial. Finalmente, el capítulo subraya la importancia de la Conferencia de La Haya y de otras iniciativas europeístas inmediatamente anteriores a la creación de la CECA que esta vez sí, se convirtió en la primera plasmación práctica de los anhelos de unidad europea.

Después de acercarse a los antecedentes de la Unión, el segundo capítulo, escrito por Julio Crespo MacLennan realiza una síntesis del proceso de integración europea entre 1950 y 2007. Se trata, por tanto, de un análisis en el que aparecen logros como las sucesivas ampliaciones o la unión monetaria, pero también refleja los fracasos de la Unión, algunos tan recientes como la fallida Constitución europea. Al igual que el primer capítulo, el texto de Julio Crespo MacLennan debe entenderse como una introducción a los capítulos siguientes, que se encargan de profundizar en aspectos más concretos de la integración europea.

Éste es el caso del tercer capítulo, obra de Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, que se ocupa de las seis ampliaciones que ha habido a lo largo de la historia de la Unión Europea. Uno de los rasgos más

característicos de la UE es su carácter expansivo; esto explicaría que en poco más de cincuenta años de vida haya cuadruplicado su número de Estados miembros, que ha pasado de seis a veintisiete. Martín de la Guardia y Pérez Sánchez realizan en este capítulo un repaso de estas ampliaciones, atendiendo sobre todo a las repercusiones geopolíticas y estratégicas, y también a las implicaciones que tuvieron en el seno de la política interior de la Unión, sobre todo en lo que concierne al reparto de poder. En un último apartado, los autores abren una ventana al futuro y analizan las próximas ampliaciones que se proyectan: la de Croacia y la de Turquía que, sin duda, es la más problemática y la que representa un mayor número de retos.

Precisamente, el proceso de adhesión de España constituye el eje central del capítulo cuarto, que está escrito por Raimundo Bassols, ex Embajador de España ante la Comunidad Europea. Basándose en su experiencia personal y en los principales acontecimientos que marcaron la difícil relación entre España y Europa después de la Guerra Civil, el autor dibuja una panorámica en la que explica, de manera detallada, los entresijos del acuerdo preferencial de 1970, así como las dificultades que atravesaron las relaciones políticas entre España y las Comunidades Europeas a partir de ese año. Desde el punto de vista del autor, el Proceso de Burgos, el Proceso 1001 o la sentencia a muerte a Salvador Puig

Antich debilitaron el crédito de España ante las Comunidades Europeas, y esta situación no ayudó a iniciar el proceso de adhesión, que sólo empezaría cuando se dieron garantías de una democracia consolidada.

La definitiva adhesión, lograda de modo formal en 1986, fue la culminación de una aspiración que tampoco estuvo exenta de dificultades, como los dos «parones» impuestos por los presidentes franceses Giscard d'Estaing y Mitterrand. Así pues, este largo proceso de integración debe entenderse dentro de una dialéctica entre oportunidades y dificultades –endógenas y exógenas– que finalmente fructificaron en la adhesión española al proyecto común europeo.

Los últimos apartados de este capítulo se dedican a desgranar la actividad de España dentro de la Unión Europea en los últimos años. Raimon Bassols destaca, entre otras aportaciones, la propuesta española para reconocer la ciudadanía europea en el Tratado de Maastricht, la opinión positiva que tiene la UE entre los ciudadanos españoles y, finalmente, el convencimiento de que España optó por el camino correcto cuando decidió integrarse en Europa.

El capítulo quinto se ocupa de los efectos de las ampliaciones de la Unión Europea sobre la integración desde un punto de vista teórico. Se podría decir que es un complemento al capítulo 3, que también se centra en la problemática y los retos de las am-

pliaciones. Péter Balázs, ex Comisario Europeo de Política Regional, realiza este análisis tomando como punto de partida dos hechos: la diferencia entre Comunidad Europea original y la actual, y el fracaso constitucional de 2005. Ante las dificultades asociadas a una organización de 27 miembros y una población de 500 millones de habitantes, conviene analizar con detenimiento el modelo de integración, así como la dicotomía entre federalismo europeo e intereses nacionales, cuestión que es consustancial al origen de las Comunidades Europeas. Además, ha analizado cada una de las fases de ampliación desde diversos parámetros, y la conclusión que alcanza es que la cuarta oleada de ampliaciones, la iniciada en el año 2004, es la más profunda y ambiciosa de todas en tanto en cuanto afecta en mayor medida a la estructura interna de la Unión. En definitiva, lo que ofrece el estudio de Balázs no es sino plantear una respuesta al eterno dilema sobre qué es más conveniente: si la ampliación o, por el contrario, una mayor profundización.

A partir del capítulo sexto, la obra cambia su centro de gravedad, que pasa de un enfoque histórico o sociológico a planteamientos de tipo estrictamente jurídico. En este capítulo en particular, Luis María Díez Picazo ofrece su visión sobre la naturaleza jurídica de la Unión Europea, que se situaría entre el derecho internacional y el derecho constitucional. En el

siguiente capítulo, J. H. H. Weiler reflexiona acerca de los objetivos, valores y principios políticos de la Unión, en el marco de la filosofía del derecho. Por su parte, los capítulos 8 y 9, escritos por José Martín y Pérez de Nanclares, y Jean-Victor Louis, ofrecen una aproximación a las competencias de la Unión Europea dentro de su ámbito de actuación, como puede ser el mercado común, la política exterior y de seguridad común, la unión aduanera o la política monetaria. Finalmente, en el último capítulo, Daniel Thym se ocupa de un tema considerado clave para el futuro inmediato de la Unión: las cooperaciones reforzadas, que pone sobre la mesa la posibilidad (o la necesidad) de construir una Europa a varias velocidades, en la que la asimetría se imponga al federalismo.

En conclusión, el presente volumen ofrece una visión amplia, completa y profunda de la Unión Europea

desde dos enfoques –el histórico y el jurídico– perfectamente complementarios, lo que al mismo tiempo representa una novedad en este tipo de publicaciones. Los diez capítulos que constituyen esta obra plantean, en su primera mitad, cuestiones de carácter general sobre la construcción y evolución de la Unión Europea. En una segunda fase, como ya hemos visto, los distintos autores se ocupan de problemas sobre cuestiones puntuales. El contraste entre las primeras páginas de esta publicación y el último tema tratado muestra que la utopía de una Europa Unida, convertida ahora en realidad, necesita nuevos mecanismos para asegurar la continuidad de un proyecto común en una región que, no lo olvidemos, fue devastada por dos Guerras Mundiales hace menos de un siglo.

GUILLERMO PÉREZ CASANOVA  
*Universidad de Alicante*